

CICLOS REVOLUCIONARIOS EN LAS LETRAS ALEMANAS: LA JOVEN ALEMANIA

Por

RODOLFO E. MODERN

Alrededor de 1830, año de conmociones político-sociales de trascendencia en toda Europa, nuevas fuerzas se ciernen en el cielo espiritual y literario de Alemania. El año es crítico, y como el filo de un tejado a dos aguas, escinde dos épocas, dos sensibilidades. Por una parte quedaban ya, definitivamente atrás, el clasicismo y sus ideales de perduración, sus concepciones universales y totalizadoras para un hombre de todos los tiempos. Por la otra, el romanticismo se había desvanecido en el seno de sus fantásticas ansias y sus vagos infinitos, y sólo le restaba una insatisfacción que había hecho presa hasta en las sólidas virtudes de la burguesía. La revolución de marzo de 1830 había asimismo sacudido tronos y conciencias y desde todos los puntos de una Europa pensante y sensible surgían nuevas voces que habiendo recogido, para olvidarlos, los errores o inadecuaciones de pasados más o menos próximos, aspiraba a una diferente configuración del hombre y del mundo europeos. Las aspiraciones nacionales de libertad e independencia habían crecido, incluso en Alemania, y a la reclamación de nuevos derechos políticos se había agregado la preocupación por los derechos económicos y sociales que concernían a la masa.

Ambas tendencias, a conjugarse en una sola dirección, eran, en el fondo, lejanas herederas de la Revolución Francesa. El peso de esta crisis de transformaciones de estructuras, como acostumbra a decirse ahora, había producido una generación de desencantados, de

desilusionados que volvían la espalda a la vida, y para la cual la existencia era un dolor de insoportable magnitud. Era el reconocimiento del "mal du siècle", la fórmula tan adecuada acuñada por Musset, que había producido estragos también en Alemania en la predicación de una filosofía del pesimismo que a Schopenhauer tendría por capitán. La vida y obra de un Lenau, o comedias como "Leonce y Lena", de Georg Büchner, son testimonio elocuente de una desilusionada tristeza.

Pero también en Alemania, otros individuos no del todo impermeables a este sentimiento de descomposición, que es, fundamentalmente, eco lejano de una postura romántica, habían, sin embargo, adoptado otra actitud. Eran, otra vez más, jóvenes, y con una sola excepción, sus nombres sólo los recoge la historia de la literatura, no la lectura de los lectores de hoy. Con todo, por el radicalismo de su posición y los medios de que se valieron para difundirla, hicieron mucho ruido y se los calificó como revolucionarios indeseables, cuyos escritos poseían el poder incendiario de gruesos regueros de pólvora. Se trataba, ya es hora de decirlo, de los integrantes de la llamada "Joven Alemania", creada a imagen y semejanza de la "Giovine Italia", fundada por Giuseppe Mazzini en 1830.

La "Joven Alemania" tenía sus cabezas directoras en Ludolf Wienbarg, Theodor Mundt, Heinrich Laube, Karl Gutzkow y Heinrich Heine, pero sólo el último posee hoy gravitación en el suceso literario. A todos, sin embargo, les sobraba talento para denunciar las injusticias, las arbitrariedades de las condiciones sociales y políticas imperantes, y nada más que por la acción de su pluma, plena, a veces, de inflamado furor o sarcástica ingeniosidad, reyes, príncipes, señores y ministros poderosos, sintieron un temeroso disgusto que se traducía en autos de prisión, destierros más o menos voluntarios, y absoluta prohibición para publicar sus escritos.

Pero la novedad de estos jóvenes no estaba tanto en sus peticiones de libertad, en su fe volcada en sistemas parlamentarios liberales, capaces de dictar la anhelada Constitución para toda Alemania y con-

vertir de ese modo a súbditos sumisos en ciudadanos libres, sino en otra cosa. Era, lisa y llanamente, el reconocimiento de la realidad, no la de un pretérito ataviado con las luces del ideal o de la fantasía crudamente subjetivada, sino de la realidad, tal como suena, integrada por las condiciones políticas, sociales, económicas e intelectuales de su propia época. Sintieron en forma intensísima su propio presente, como única instancia a la que había que obedecer, y consagraron sus mejores energías al comentario de la realidad actual, que trataron, por supuesto, de mejorar. Esa realidad que los envolvía y a la que se dirigieron, poseía un dinamismo de factura diversa a cualquier otra de las que hasta entonces había podido ofrecer la historia europea.

Una sociedad distinta, sin vínculos sólidos con una divinidad trascendente, escéptica ya en cuanto a los derechos de un gobierno aristocrático, tal como los había sustentado la Ilustración, insatisfecha en la mera contemplación de la belleza o la poesía, tal como los románticos la ansiaban, tampoco sometida al capricho o a la irresponsabilidad de un individuo predestinado, encontraba nuevos voceros. Era la edad del ingreso de las masas en la historia, pero alguien tenía que decirlo. Era el reconocimiento a una vida libre, sin trabas, gozosa en el juego de los sentidos y en la emancipación de los seres humanos, sin diferencia de sexos siquiera. Era también la edad de una economía más compleja, que desde la Revolución Industrial había hecho pie en el continente y avanzaba secundada por una técnica mucho más perfeccionada.

Y estaba también la literatura. Pero su misión, para estos escritores, dejaba de poseer un sentido estético o moral. Al servicio de la vida real, tal como transcurría todos los días, debía someterse el espíritu del escritor, no a otra cosa. Dejemos, sin embargo, que hablen los propios interesados. Así, Ludolf Wienbarg decía ya en sus "Campanas estéticas": "La profesión de literato no es más un juego de espíritus bellos, no es ya un deleite inocente, una ligera ocupación de la fantasía; sino que el espíritu de la época, que impera invisible sobre todas las cabezas, se apodera de la mano del escritor y escribe en el libro de la vida con el bronceo cincel de la historia".

Todo aquello que la tradición había transmitido era un lastre innecesario para la forja del nuevo hombre de la nueva realidad, fuera la obra de la belleza o la del saber. Invocaba de este modo el autor citado, y son sus palabras las que siguen: "a aquellos hombres sin historia que no ven nada detrás suyo sino las propias huellas de sus pies y nada ante sí excepto el espacio, el espacio libre para el ejercicio de su fuerza". Ello significaba para estos hombres de letras —porque a pesar de sí mismos, eso es lo que fueron— poner la literatura y su propia capacidad al servicio de la vida, de una vida que debía implicar, y esto es algo característicamente precursor, una igualdad de oportunidades en la que el individuo aislado desaparecía ante los intereses superiores de la colectividad.

Era un cierto tipo de socialismo, ello es indudable, pero también, como socialismo utópico, imbuído de sansimonismo y de fourerismo, no carecía de escrúpulos. El subjetivismo cede a la observación de la realidad, lo que significa la victoria de la prosa sobre el verso, de la épica sobre la lírica, y también del teatro como púlpito de propaganda. Porque, en rigor, casi toda la producción de la Joven Alemania ostenta un cariz propagandístico, un aire editorial, un impulso de folleto y reportaje, y dado su propósito de obtener fines concretos aplicables a una sociedad también concreta y materializada, se escribe en un nivel similar. Agitando las opiniones, haciendo de las letras un arma más, estos integrantes de la Joven Alemania, no sólo afrontaron una responsabilidad cuyas sanciones aplicaron los obsecuentes servidores de la política de Metternich, sino que se situaron francamente, sin medir demasiado los riesgos, en el terreno de lo que hoy se denomina "literatura comprometida", hecho bastante antiguo, según vemos.

Las novelas, las obras de teatro, los artículos periodísticos de los miembros de la Joven Alemania, interesan mucho menos que la indignación pública con que señalaron la vetustez de ciertos estamentos ya insostenibles y anunciaron, porque eran, en el fondo, hombres de espíritu, el advenimiento del futuro. Pero con este grupo revolucionario ocurrió lo que con todos. Su genio más alto los excedía y hablaba

un idioma propio de insuperable tono lírico, o una mágica prosa, hecha de difícil y sintética elegancia, cuando no de una ironía desgarrada. Se llamó Heinrich Heine, y él solo llena uno de los importantes capítulos de la literatura alemana del siglo 19.

RODOLFO E. MODERN (Montevideo 1306, 12°, Buenos Aires). Doctor en Filosofía y Letras y en Derecho y Ciencias Sociales. Profesor actualmente de literatura alemana en las Universidades de Buenos Aires y del Litoral. Publicó, entre otros, los siguientes libros: *El expresionismo literario*; *Historia de la literatura alemana y Arturo Cancela*.

